

do Apostólico, el día de Pentecostes, en la Catedral de Bogotá.

El Padre Atanasio, como le llaman todos cariñosamente, se ha ganado en la capital las voluntades por su abnegación, la sencillez de su vida, la cultura y amenidad de su trato, su celo por el bien de las almas, su fervorosa elocuencia en el púlpito.

Para la importante Arquidiócesis de Popayán, donde va á suceder á Prelados tan eminentes como Jiménez Enciso, Cuero y Caycedo, Bermúdez, Ortiz, ha sido llamado el R. P. Manuel Antonio Arboleda, de los sacerdotes de la Misión. Pertenece á una familia ilustre, no tanto por sus ejecutorias de nobleza, de poco valer en una República, cuanto por egregios servicios prestados á la Patria. Todavía joven, ya el Ilmo. Sr. Arboleda es conocido dentro y fuera del Cauca por la austeridad de su vida, lo sólido de sus conocimientos en las ciencias divinas y humanas, su modesta discreción, sus méritos como educador de la juventud, la amplitud y benevolencia de sus miras.

Saludamos con el mayor respeto á los dos nuevos Obispos y ponemos nuestra humilde REVISTA á sus órdenes.

#### NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Hemos recibido :

*Tulio Febres Cordero*—DON QUIJOTE EN AMÉRICA, ó sea la cuarta salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha—Segunda edición—Mérida—Venezuela—Tip. de *El Lápiz*—1906—Pp. VIII+578.

*Bogotá, 15 de Mayo de 1907*

Sr. Dr. Tulio Febres Cordero—Mérida

Muy estimado señor y amigo :

En Noviembre de 1903 tuve el placer de conocer á usted, y á pesar de que nuestra única entrevista duró á lo más una hora, á pesar de que después recorrí la Repúbli-

ca de Venezuela casi entera, y más tarde la del Ecuador, recibiendo inmerecidas atenciones en muchas partes, no me he olvidado de usted un solo día, y la razón que tengo para ello es poderosa: me habló usted con cariño, casi con veneración, de mi padre, D. Ricardo Carrasquilla; hizo elogios de Colombia y de nuestros escritores y poetas, á quienes usted conoce como si hubiera vivido con ellos íntimamente. Por lo demás, de las poblaciones que conozco fuera de mi patria, Mérida debe sernos á los colombianos la más querida, porque allá se nos mira con cariño, y es, á no dudarlo, donde mejor acogida se nos hace.

Si fuera yo escritor ó siquiera pretendiera serlo, podría describirle el cuarto en que usted me recibió en su casa: creí, por un momento, hallarme en el escritorio de mi padre. Un estante sencillo con *El Mosaico*, libro precioso hoy en Bogotá, donde apenas existirán cuatro ejemplares; *El Papel Periódico Ilustrado*, algún tomo del *Cutecismo de Perseverancia*, y algunas obras escogidas de autores españoles, en puro castellano, entre las cuales estaba, claro está, el *Quijote*, en la mismísima edición que tenemos en esta su casa.

Piense usted en que, para un hombre que ama su patria y se encuentra en tierras lejanas, no sólo los individuos nacidos en ella son sus paisanos, sino también las cosas: recuerdo que en Curaçao no me atreví á matar un alacrán que encontré en un equipaje, procedente de Santa Marta.

Al llegar del Ecuador, leí en un periódico el capítulo XXIII de *Don Quijote en América*, y sacando por la hebra el ovillo, como diría Sancho, devoré el libro con avidez. Me enseñaron desde niño á admirar la inmortal obra de Cervantes, y consideré, como todo el mundo, una profanación el continuarla; y á pesar de conocer las dotes de usted como escritor, empecé la lectura con desconfianza. Por otra parte, la persona misma de D. Quijote es un amigo de los que hablamos castellano; y creo, como lo decía

D. Diego Fallon, que el día del Juicio lo echaremos de menos, cuando pasado el susto, nos demos á reconocer los grandes personajes de la Historia.

Esta no es, mi querido D. Tulio, una carta crítica. Es género de literatura que no pienso cultivar, dado que cul-tive alguno en la vejez, á cuyas puertas no tardaré en tocar; es una expresión de mi cariño y mi gratitud hacia usted.

La obra de usted es un trabajo de increíble audacia. D. Quijote se despertó después de trescientos años de sueño, que no es mal dormir, perfectamente igual, sin más diferencia que el tema de locura; y parece un milagro que haya conseguido usted reunir en una sola persona un conquistador americano de fines del siglo XIX y uno español del siglo XVII; en un mismo corazón el positivismo yanqui y la generosidad española.

Cada uno de los capítulos del libro de usted formaría una reputación literaria. Sorprende, sobre todo, que haya logrado dejarle á su héroe un lenguaje de sabor netamente cervantino, tratándose de un renegado y un apóstata, que no es otro el calificativo que el Dr. Quix merece.

Sancho me parece todavía mejor continuado; el mismo tipo cobarde, glotón, egoísta; en cambio, cristiano viejo, fiel á su amo como un perro, y siempre dotado de lo que llaman buen sentido, y que yo no sé si será sentido ó si será bueno. Conserva su lenguaje y ensarta eternamente refranes.

Los demás personajes son nuevos, y tienen la cualidad de que todos existen. A D. Gaspar lo conozco y he tenido el honor de tratarlo; de Policarpo me figuro que habrá un ejemplar en cada ciudad de Suramérica; Macario fue secretario de este su humilde servidor cuando desempeñó una alcaldía, por allá en 1899; el tipo del Vicario es muy conocido en nuestro virtuoso clero. Lo mismo sucede con todo carácter bueno de novela, desde los de *Cassandra* hasta los de *Pax*, novísima obra acabada de publicar aquí.

De las críticas que se han publicado con respecto á *Don Quijote en América*, no he leído sino una carta, en forma de regaño, que le dirige á usted desde Barbada su compatriota Sr. Pedro Fortoul Hurtado. Por cierto que me admiró la mansedumbre y la delicadeza con que usted le contesta. De esa carta sólo una cosa pude sacar en limpio: que el clima de Barbada irrita mucho los nervios y rebota la bilis.

Perdóneme usted esta charla tan larga y sin sustancia, y mande á su afectísimo servidor y amigo,

IGNACIO CARRASQUILLA

LA VIDA CRISTIANA—Última parte de EL CRISTIANISMO Y LOS TIEMPOS PRESENTES, por Monseñor Bougaud, Obispo de Laval—(*Promisionem habens vite quae nunc est... et future*)—Traducida de la quinta edición francesa, por Sergio A. Barón, con licencia eclesiástica y un apéndice teológico de los RR. PP. de la Compañía de Jesús—Bogotá—Imprenta Eléctrica—158, calle 10—1907—Páginas 340+63 en 4.º menor.

Hacer el elogio de la obra de Bougaud, sería tarea inútil, y síntoma de presunción imperdonable. “Un padre de la Compañía de Jesús,” según dice el apéndice; “los padres,” según se lee en la portada, es autor ó son autores de unas notas muy eruditas puestas al libro. Esas anotaciones se refieren á puntos opinables, no definidos aún por la Iglesia. Estamos de acuerdo, en esos puntos, con “el padre” ó “los padres” de la Compañía. Por lo demás, *in dubiis libertas*.

La traducción está bien hecha. Felicitamos al Sr. Barón por la tarea de verter el libro al castellano, y por el modo como lo ha cumplido. Bueno sería que este tomo no faltara en ninguna familia católica.

REMINISCENCIAS de D. Juan Francisco Ortiz. (Opúsculo autobiográfico—1808 á 1861), con prólogo de D. J. Manuel

Marroquín—Bogotá—Librería Americana—Calle 14, números 97 y 99—1907—Páginas xxxii+318—8.º menor.

Libro interesantísimo. Resurrección de un hombre distinguido, á quien su modestia y las circunstancias no dejaron brillar como lo merecía. Estilo muy agradable. Lenguaje correcto, sin pedanterías de diccionario. Imparcialidad histórica, menos cuando se trata de Santander, Ospina y Herrán. De este último personaje, la figura más eminente de la Nueva Granada, después de Nariño y Santander, según nuestro humilde dictamen, no trata el Sr. Ortiz sino incidentalmente, y siempre para denigrarlo. Basta decir que no aparece Herrán en la batalla de El Oratorio, que él ganó. Para muestra del libro, y para engolosinar al lector, reproducimos en seguida algunos de los retratos trazados por la pluma de Ortiz. No los habría hecho mejores, según nos parecé, con el pincel, el más aventajado de los discípulos de Goya :

## RETRATOS DE ANTAÑO

### I

#### D. Agustín Justo de Medina

Al hablar de mis abuelos, trataré primero de mi bisabuelo materno D. Agustín Justo de Medina.

D. Justo, según me refería mi padre, que gozó de su íntima confianza, era limeño, y en años de robusta juventud dejó su país natal y vino á la ciudad de Tunja, acaudalado por demás.

Remató las alcabalas y los aguardientes de todo el Corregimiento de Tunja, rentas cuyo manejo dejaba muchos miles de ganancia, y viéndose ya acomodado, pensó en tomar mujer, se casó con D.<sup>a</sup> Bárbara Sánchez Caicedo, de una buena familia de Bogotá, y se estableció con su linda esposa en la hacienda de *El Salitre*.

A poco se puso á construir una casa que, siempre que la veo, me recuerda los palacios góticos de los señores feu-